

*El furor frances convierte  
En vergüenza y confusion.*

VOZ.

Ved cuál entre polvo y humo  
Por los campos de Castilla  
Va la bárbara gavilla  
Que era un tiempo su opresion.  
¡Quién los bate y los humilla  
Con el rayo de victoria?  
La trompeta de la gloria  
Dice al mundo: Wellington.  
¡Oh Wellington, nombre fausto  
A la Iberia y caro á Marte!  
¡Tus contrarios en qué parte  
Huirán de tu valor?  
Tú los vences en los montes,  
En los campos ven tus bríos,  
Y las aguas de los rios  
Te retratan vencedor.  
Entre el Duero y claro Tórmes  
Tú á los galos atropellas,  
Y aún siguiendo vas sus huellas,  
De su entera ruina en pos.  
Síguelos, y Europa deba  
A tu acero su rescate,  
Y si un monstruo la combate,  
La defienda un semidios.

CORO.

*Viva el grande, viva el fuerte  
Que, en la más gloriosa accion,  
El furor frances convierte  
En vergüenza y confusion.*

VI.

A la entrada en Cádiz del Duque de Ciudad-Rodrigo despues de levantado el sitio de aquella plaza en consecuencia de sus victorias.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,  
Que triunfó con justicia y valor,  
Presentarle el tributo amoroso  
De ternura, de aprecio y de honor!*

I.

Ved cuál llega á gozarse en el seno  
De la iberá leal gratitud,  
El que oímos de lejos cual trueno  
Dar á Gádes victoria y salud.  
Hoy se muestra apacible y triunfante,  
Y ayer bravo y con fiero teson,  
Los tiranos lanzaba adelante,  
Cual las nubes el duro Aquilon.

II.

Acojamos al héroe bizarro  
En los muros que él mismo libró;  
Y descienda del bélico carro  
A gozar de la paz que nos dió.  
No la oliva á su frente neguemos,  
Ni la rosa de alfombra á sus piés;  
Que él sabrá, cuando flores le demos,  
En laureles volverlas despues.

III.

Él unió con el nuestro su brazo  
Para hazañas de prez inmortal:  
Tema, pues, en tan inclito lazo  
El injusto opresor su dogal.  
Y en el templo de eterna memoria,  
Y en los fastos de la última edad,  
Se unirá de Wellington la gloria  
Con la hispana feliz libertad.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,  
Que triunfó con justicia y valor,  
Presentarle el tributo amoroso  
De ternura, de aprecio y de honor!*

## HIMNOS Y CANTATAS.

I.

### LA PIEDAD FILIAL Ó EL RESTABLECIMIENTO.

CANTATA (1).

AMELIA, ESPERANZA, CONSUELO.

AMELIA.

Con ecos de dolor, ¡oh Dios! ¡qué nueva  
Suena en mi corazon? ¡Misera Amelia!  
¡Quién tu constancia prueba  
Con golpe tan fatal? Pálidos veo  
Los rostros de mis hijos,  
Que en su madre infeliz los ojos fijos,  
Miran y lloran. ¡Ah! tal vez los tristes,  
De terribles presagios acosados,  
De esta madre en el rostro hallan anhelan  
Consuelos ¡ay! que de mi pecho vuelan.  
Vuelan bien lejos, ¡sí! que mi ternura,  
Mi amor mismo, ingenioso en darme penas,  
Cuanto veo en anuncios me convierte  
De amargura y dolor.... Mas ¡ay! ¡qué miro!  
Lóbrega nube enluta  
El paternal albergue; conturbado  
Temblar parece el firme pavimento,  
Rásgase al par la matizada alfombra,  
Y de la muerte la amarilla sombra  
Alzase del abismo al pié del lecho,  
Y los lívidos ojos

Y los pálidos brazos revolviendo,  
Con uno amaga hácia el sepulcro helado,  
Con otro al cuello de mi padre amado.  
¡Ay infeliz! Tente, criuel, no acabes  
La ejecucion de un golpe tan terrible;  
De esta familia idolo y padre á un tiempo  
Respeto en él; ¡no sabes  
Que el placer y la vida de estos hijos  
En esa sola víctima se encierra?  
¡Quieres cubrir de lágrimas la tierra?  
¡Ah! que á mi triste voz no te conduelles;  
Antes más irritada sus críeles  
Angustias atosiga con tu aliento;  
A tu maligno ardor dobla la frente  
El moribundo anciano; junto al lecho  
Hijos y siervos tu clemencia imploran,  
Y las virtudes desoladas lloran.  
¡Cielos, lo consentis? ¡Serán despojos  
De la Parca feroz las claras prendas  
Que á Elfridio adornan? Sí, que la inhumana,  
Más que de vidas, de virtud sedienta,  
Los ojos apacienta  
En las tumbas de Elóisa (2) y Abelardo;  
Y nunca sacia su rencor profundo,  
Mientras un tierno amor le quede al mundo.

(Aria.)

Robará la Parca odiosa  
A este pecho su delicia;  
Que la flor más olorosa,  
Más excita la codicia  
Del villano segador.

Altos cielos, dadme males  
Que al fin cedan á consuelos;  
No aficciones inmortales,  
Pues si Elfridio muere, ¡oh cielos!  
Inmortal será el dolor.

ESPERANZA.

Mujer, que ostentas en tu frente pura  
La imagen del dolor y la ternura,  
¡Qué tienes, que en desdichas  
Muestras vencer á los demas mortales?

(1) Fue cantada la primera vez por la señora Lorenza Correa con música del famoso maestro Fiderici.

(2) ARRIAZA altera aquí la pronunciación prosódica y natural del nombre de *Elóisa*, con el fin de dar armonia al verso. Es una licencia poco digna de imitación. (Nota del Coleccionador.)

AMELIA.

Yo sé sentir, mas no pintar mis males;  
Sólo esta voz tu corazon dirija:  
Elfridio en riesgo está; yo soy su hija.

ESPERANZA.

¡Harto justo dolor! Mas ¡qué infelice  
Cierra su corazon á la esperanza,  
Viendo por la carrera de la vida  
Del bien y el mal la rápida mudanza?  
Que cual las estaciones se varian,  
Y al rededor del año van volando  
Las nieves y los frutos y las flores,  
Se suceden placeres y dolores.  
Salvo es tu padre, el cielo lo presagia.

AMELIA.

Y tú, mujer ó diosa, cuya magia  
A predecirme tal prodigio alcanza,  
¡Quién eres, dime, quién?

ESPERANZA.

Soy la Esperanza.

AMELIA.

Mi pecho es insensible á tu influencia;  
La esperanza es el sueño de los tristes:  
Su ilusion los aduerme; pero luégo  
Despiertan á los males, y cual sombras  
Las esperanzas huyen ligeras,  
Y las más dulces huyen las primeras.

ESPERANZA.

Te alucina lo acerbo de tu pena;  
Oye mi voz, que en tu remedio suena:

(Aria.)

Yo suavizo las pasiones  
De los pechos en que vivo,  
Del amante y del cautivo  
Soy la calma y el sosten.  
Si mantengo de ilusiones  
Al que sufre penas reales,  
El olvido de los males  
A lo ménos es un bien.

AMELIA.

Esperanza divina, hija del cielo,  
¡Quién no apetecerá tu compañía.  
Cuando en el corazon de que te alejas  
La rabia ocupa el hueco que tú dejas?  
Tú floreces en mí, tú me sugieres  
De un padre anciano la afligida imagen  
A su serenidad majestuosa  
Restituida; ¡qué astro tan avaro  
Habrá que niegue vida tan preciosa  
A los suspiros que le eleva ansiosa  
La tierna prole de quien era amparo?

ESPERANZA.

Si; mas debieras elevarlos ántes  
Al que sembró de estrellas el espacio,  
Que habita el universo por palacio,  
Que en bóveda los cielos ha encurvado  
Para que allá resuenen los clamores  
Del infeliz, y á su pensar profundo  
Los soles arden y se anima el mundo;  
Al Sér supremo....

AMELIA.

A desarmar el hado.

ESPERANZA.

Por un digno mortal....

AMELIA.

Un padre amado.

LAS DOS.

De nuestro ardiente celo  
Vuela suspiro fugitivo al cielo.

(Plegaria á duo.)

Si un buen padre es, justo cielo,  
De tu mano un gran favor,  
Vuelve á Elfridio á nuestro anhelo,  
O á estos pechos da valor.  
Vivirá el amable Elfridio,  
Pues tus leyes son de amor,

CONSUELO.

Albricias pide el genio del Consuelo,  
Ninfas hermosas; vuelva la alegría  
De vuestra faz á colorar las rosas;  
Ya el suspirado bien piadoso el cielo  
Por mano de las Gracias os envía;  
La mano de una madre os lo presenta.  
Atropos fiera en vano se resiste  
De la fe conyugal al blando acento,  
A la expresion de su semblante triste,  
Y á un diluvio de lágrimas que honraban  
Por un hombre justo el riesgo y sentimiento.  
Por fin cedió, y entre ansias y suspiros  
Y amorosos desvelos  
De una esposa querida,  
Elfridio, al fin, renace  
Lleno de majestad, de fuerza y vida;  
Brillante así como tras negra noche  
El noble astro de luz que el Indo adora  
Sale de entre los brazos de la aurora.

(Aria.)

Vuela á tu padre,  
¡Oh hija afligida!  
Que de la vida  
Vuelve á gozar;  
Y entre caricias  
De prole hermosa,  
Con las delicias  
De amante esposa,  
Daréis á Elfridio  
Gustos sin cuenta;  
Y haréis que sienta  
Que de la vida  
Vuelve á gozar.

AMELIA.

Almo Consuelo, que entre el alto coro  
De los dioses te espacias en el cielo,  
Mientras Felicidad de su urna de oro  
Te vierte escaso á esta mansion de duelo,  
¡Cabe esperar un bien entre mil males?  
Cuando parece, en días tan fatales,  
Yace la tierra en misero abandono,  
De Fortuna entregada al númen falso;  
Que así nos lanza de la choza al trono,  
Como desde la púrpura al cadalso;  
¡Puedo entregarme á la ilusion sublime  
De recobrar á un padre? ¡Es cierta, dime,  
Tan venturosa nueva? ¡Alienta Elfridio?

CONSUELO.

Lo juro, sí, por la divisa mia,  
*Constancia y Fe.*

AMELIA.

¡Qué placida alegríal

CONSUELO.

Tan tierna madre como amante esposa  
Delfina le salvó.

AMELIA.

¡Mujer dichosa!

Salvo es mi padre, el corazon respira,  
Palpita el pecho, y de placer suspira.

(Aria.)

Dadme guirnaldas bellas  
Las que sabeis amar,  
Que de Delfina en ellas  
Quiero la frente ornar.  
Ella nos ha salvado  
A nuestro padre amado;  
Este es de amor ejemplo,  
Vamos de amor el templo  
Con su memoria á honrar.  
Dadme guirnaldas bellas  
Cuantos sabeis amar, etc.

CONSUELO.

Tú, Amelia, cuya frente ya las palmas  
De la alegría engalanar parecen;  
Tú, refrigerio de las grandes almas,  
Esperanza feliz, cantad conmigo;

Pruebe nuestro placer que eternamente  
La existencia de un padre amante y digno  
Es de ventura el más hermoso signo.

(Terceto.)

Goce un padre entre prole tan bella,  
Y en el seno de esposa tan fiel,  
Como el árbol que ufano descuella  
En el cerco de un tierno plantel.

AMELIA.

A su sombra el ganado se arrima,  
A su abrigo se mece la flor.

ESPERANZA.

Se oye el canto del ave en la cima,  
Y en su tronco la voz del pastor.

CONSUELO.

¡Oh qué encanto y qué dulce armonía  
De deleite, de amor, de alegría!

TODOS.

¡Y de Elfrido qué imagen tan fiel!  
La de un árbol que ufano descuella  
En el cerco de un tierno plantel.

## II.

### EL GOZO PÚBLICO.

Cantata.

CORO.

¡Qué nimen tremendo del arco que vibra  
Los dardos dispara con rauda fragor,  
Y á España propicio, de furias la libra,  
Que en ella esparcieron discordia y furor!

(Recitado.)

¡Oh Dios, qué claridad dulce y fecunda  
Oro derrama en los callados campos  
Tras noche tan profunda!  
Ya el céfiro revive entre las flores,  
A cuyos dulces besos se negaba  
Tímido y pavoroso.  
Calandrias y sonoros ruiseñores  
Van en alegres tropas  
Poblando de los árboles las copas.  
Ayer todo era duelo y sentimiento;  
Hoy es todo placer, todo contento.  
Ya de Venus la estrella  
Resplandecer se ve más pura y bella:  
Ya del terror la nube no la empaña.  
No hay duda, no; venturas para España  
El cielo decretó. ¡Ni qué otra puede  
De júbilo llenarla tan cumplido,  
Sino la libertad de un rey querido!  
Fernando es libre. Sus contrarios fieros  
Huyeron espantados  
Del brazo aterrador. La gran constancia  
Del Rey, siempre serena, imperturbable,  
Fue roca en medio al mar, do se estrellaron  
Las olas locamente embravecidas  
De una vil rebelion. Las caras vidas  
De su esposa y hermanos,  
De Fernando feliz al brazo asidas,  
Se libran del furor de sus tiranos.

VOZ 1.<sup>a</sup>

¡Ayer llanto, hoy dulce risa!  
Ayer sierva y hoy señora,  
Triunfa España vencedora  
De una pérdida faccion.

VOZ 2.<sup>a</sup>

Así aterra el Sér supremo  
Al inicuo y al blasfemo,  
Siempre al justo dando honor.

VOZ 1.<sup>a</sup>

Cual se salva fresca rosa  
Del furor de un torbellino,  
De su bárbaro destino  
Así Amalia se salvó,

VOZ 2.<sup>a</sup>

Se salvó de inicua saña,  
Porque Dios reserva á España  
Su hermosura y su candor.

VOZ 1.<sup>a</sup>

Viva Amalia al Rey unida.

VOZ 2.<sup>a</sup>

Viva el Rey de Amalia al lado.

LAS DOS.

Dulce lazo, en que cifrado  
Tiene España el sumo bien.

TODOS.

Vivid siempre venturosos;  
Y sin susto ni mancilla,  
La corona de Castilla  
Brille siempre en vuestra sien.

## III.

### HIMNO DE LA VICTORIA,

cantado á la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias  
en Madrid, en 1808 (1).

CORO.

¡Venid, vencedores,  
Columnas de honor!  
La patria os dé el premio  
De tanto valor.

Tomad los laureles  
Que habeis merecido,  
Los que os han rendido  
Moncey y Dupont;  
Vosotros, que fieles  
Habeis acudido  
Al primer gemido  
De nuestra opresion.

Venganza os llamaba  
De sangre inocente;  
Alzasteis la frente  
Que jamas temió;  
Y al veros los dueños  
De tantas conquistas,  
Huyen como aristas  
Que el viento arrolló.

Vos de una mirada  
Que echásteis al cielo,  
Parásteis el vuelo  
Del águila audaz;  
Y al polvo arrojásteis  
Con iras bizarras,  
Las alas y garras  
Del ave rapaz.

Llegad ya, provincias,  
Que valeis naciones,  
Ya vuestros pendones  
Deslumbran al sol;  
Pálido el tirano  
Tiembra, y sus legiones  
Muerden los terrones  
Del suelo español.

Son á vuestras plantas  
Alfombra serena,  
Laureles de Jena,  
Palmas de Ansterliz;  
Son cantos de gloria  
Volver los cautivos  
Sus gritos altivos  
En llanto infeliz.

(1) Este himno, compuesto en 1808, ha sido el primero de esta clase, y modelo de cuantos se hicieron despues. Fue puesto en música por el célebre don Fernando Sor,

Pues llegan triunfantes  
Los hijos del Cid.

Ninfas, vengan lauros  
Frescos, verdes, bellos;  
Enjugad con ellos  
Tan noble sudor:  
Ni olvideis la oliva,  
Que es planta gloriosa;  
Ni aún alguna rosa  
Que os brinde el amor.

## IV.

### HIMNO

de los Guardias de la real persona al Rey, nuestro señor, su coronel,  
en su agosto día.

CORO.

Relumbre el acero y el casco brillante,  
Tremolen penachos de palma y laurel;  
Y en torno á Fernando su Guardia constante,  
Celébrese el día del gran coronel.

VOZ.

Clarín de la gloria, que al cielo levantas  
Las altas virtudes con eco inmortal,  
El Rey que adoramos se adorna con tantas,  
Que á él solo se debe tu eterno metal.  
Alarme al Olimpo tu acento, anunciando  
La aurora festiva que hoy vemos brillar,  
Verás las virtudes del cielo bajando  
Del dulce Fernando la sien coronar.

Mas ¿qué nos detiene? Fernando querido,  
La voz de tus pueblos te basta en loor;  
Tus Guardias leales por ti han aprendido  
Al són de las armas los cantos de honor.  
Seis años nos vimos sin jefe, sin guia,  
La muerte mostrando su pálido horror;  
Tu nombre, que entónces las filas corria,  
Los pechos llenaba de alegre valor.

Así combatimos; y pocos quedamos,  
Siguiendo animosos tu regio pendon.  
Castilla es testigo; sus campos dejamos  
Manchados con sangre, mas no con baldon.  
Si acaso nos cupo destino más grato,  
Y en quietas ciudades fijamos el pié,  
Tu imagen querida, tu angusto retrato  
Guardábamos siempre con celo y con fe.

¡Oh fe bien premiada! Tras tantos enojos  
Al fin nos es dado tu vida guardar;  
Tal ceden avaros, entre olas y abrojos,  
Sus flores el prado, sus perlas el mar.

Festejar tu día se da á nuestro anhelo;  
Día en que del carro se levanta el sol  
A esculpir con oro, por el ancho cielo,  
«Fernando es delicia del pueblo español.»

¡De cuán bellas obras seremos testigos!  
Ya del sólio bajas al triste hospital,  
Ya estás consolando presos y mendigos,  
La cárcel y el foro sorprendiendo igual;  
Dar honra al soldado, de su sangre en fruto,  
Las artes, las ciencias, la industria amparar;  
Y del poder regio, por digno atributo,  
Convencer al reo, y al fin perdonar.

Así de Fernando brillante se ostenta  
La hermosa diadema con tanto matiz;  
Quien vive en sus leyes, dichoso se cuenta;  
Quien muere por ellas, aún muere feliz.  
Ni que el hado ejerza sus caprichos varios,  
Ni que la Elba lance su monstruo cruel,  
Si en el orbe encuentra su gloria contrarios,  
El orbe enemigo retamos por él.

Genios tutelares, que en su cautiverio  
Defensores fuisteis de su bella edad,  
Y que en vuestras alas al hispano imperio  
Con su Rey trajisteis paz y libertad.

Prodigad hoy rosas á su angusta frente,  
Y con canto hacédle de celeste voz  
Olvidar los males que sufrió inocente,  
Y aún de su tirano la memoria atroz,

¡Oh, qué hermosos vienen!  
¡Su porte cuán fiero!  
¡Cuál brilla el acero!  
¡Cuál cruge el arnés!  
Estos son guerreros  
Valientes y bravos,  
Y no los esclavos  
Del yugo frances.

Gloria, ¡oh flor del Bétis!  
Que habeis bien probado  
El brio heredado  
Del suelo natal;  
Que allí sin cultivo  
Crece y se levanta  
Del triunfo la planta,  
La oliva inmortal.

Funesto es el día,  
Frances orgulloso,  
Y el campo ominoso  
Que pisas, tambien:  
La sombra de Alfonso  
Con iras más bravas,  
Su gloria en las Navas  
Defiende en Bailén (1).

Salve, honor del Turia,  
De Marte centellas,  
Pues vivos como ellas  
Al triunfo volais:  
La hueste enemiga  
Rompeis imprevistos,  
Y apénas sois vistos  
Victoria cantais.

Gloria, ¡oh valerosos  
Del solar manchego!  
¡Oh cuán bello riego  
Dais á vuestra miés!  
Los surcos se vuelven  
Sepulcro á tiranos;  
Sangrientos los granos  
Se mecen despues.

Y en tanto en el Ebro  
Los pechos son muros  
Que atienden seguros  
Morir ó vencer:  
Siempre el sol los halla  
Lidiando con gloria;  
Siempre con victoria  
Los deja al caer.

¡Oh cuán claros veo  
Brillar en sus ojos  
Los fieros enojos  
Que van á vengar!  
¡Oh cuánto trofeo  
Que ganó su espada  
Verá consolada  
La patria en su altar!

¡Oh patria, respira  
De males prolijos;  
Descansa en los hijos  
Que el cielo te dió!  
Ni temas que el arto  
Falte á su fortuna;  
Soldados la cuna  
Naciendo los vió.

Ya vengada, sólo  
Libertad y gloria  
Dejará en memoria  
Tu agravio en Madrid:  
Tiempo es ya que altiva  
La frente levantes,

(1) Alude á la circunstancia de haberse alcanzado la victoria de Bailén casi en el mismo terreno en que se consiguió la de las Navas de Tolosa por Alfonso VIII de Castilla,

## V.

## EL REGRESO DE FERNANDO (1).

## INTRODUCCION.

Cielos, ¡qué miro!.... ¡La española escena  
De tanta majestad y gloria llena!....  
¡Fernando, el deseado, el perseguido,  
Por quien todo español ha combatido,  
Mostrando entre los bélicos enojos  
Rabia en el corazón, llanto en los ojos!....  
¡La joya que la España ha disputado  
Contra ella á todo el universo armado,  
Recuperada vuelve á nuestro seno!  
Gracias, eterno Dios, Señor del trueno  
Y el rayo justo, que lanzó tu mano  
Para hacer polvo á un pérfido tirano;  
Gracias, pues tal valor, tanta constancia  
Conservaste en los hijos de Numancia,  
Que, con desprecio al enemigo bando,  
Supieron proclamar: «Muerte, ó Fernando.»

Volved los ojos; vedle, si un momento  
Os lo permite el llanto del contento;  
Él es, sí, el nieto del augusto abuelo  
Por quien las bellas artes nuestro suelo  
Vieron en mil prodigios floreciente;  
La misma majestad brilla en su frente,  
A nuestro amor conserva igual derecho;  
Igual beneficencia en su real pecho.  
Aun ausente, mandó en los corazones;  
Y hasta el soberbio autor de sus prisiones,  
Al ver su porte y su semblante augusto,  
Decía, exclamando entre despecho y susto:  
«Mi poder en Fernando al fin se estrella,  
Pues España le adora, y reina en ella.»  
Pueblo que le lloraste en tu memoria,  
Pues le llegaste á ver, canta su gloria.  
Su gloria, que es guirnalda de la nuestra,  
Y con alegre luz también se muestra  
En los ojos del caro augusto hermano  
Y el real semblante de su tío anciano.

Pero ¡qué versos á su nombre iguales,  
De las Musas qué cantos inmortales  
Le dirán nuestro amor?.... Señor, perdona  
Si, por laurel debido á tu corona,  
Repetimos los cantos militares  
Que hicieron al paisano en sus hogares  
Impávido arrostrar su adversa suerte,  
Cantando y peleando hasta la muerte.  
Ellos entretuvieron la esperanza  
De nuestra independencia y tu venganza,  
Y el eco del cañón fué el instrumento  
Con que dimos tu nombre augusto al viento.  
Mas escuchad, primero, el dulce tono  
Con que de corazones en un trono  
Os volveis á sentar. Y así haga el cielo,  
Fernando, al fin, que del ibero suelo  
Ann la sombra del mal tu nombre ahuyente,  
Y que brille á los ojos de tu celo  
Como un prado anchuroso y floreciente;  
Cuando ni nubes ni vecinos montes  
Estrechan los serenos horizontes;  
Donde el sol, si se asoma en el Oriente,  
De una cuna de flores se levanta;  
En el calor de la ardorosa siesta  
De flores un Océano domina;  
Y cuando en Occidente al fin declina,  
Sobre un lecho de flores se recuesta.

## HIMNO.

## CORO.

*Vuelve al trono, Fernando querido,  
Sube en brazos del pueblo más fiel,  
Tú le harás tan feliz como has sido  
Sostenido y vengado por él.*

(1) Esta composición se hizo en los primeros días de Abril de 1814, á la primera noticia que se tuvo de la vuelta del Rey, nuestro señor, á España, poniendo término á la gloriosa lucha sostenida por sus vasallos. Se prepararon para el teatro la introducción y el himno.

## VOZ SOLA

Largo tiempo tu ausencia ha llorado  
La constancia del pueblo español;  
No es tan triste á la luna el nublado,  
No es tan negro el eclipse en el sol.

Pero ya que tu vista descuellla  
De la guerra entre el luto y horror,  
No es tan dulce en borrascas la estrella,  
No es tan grata en desiertos la flor.

Deja, deja esa tierra homicida,  
Que con grillos tu gloria ultrajó;  
Vuelve, vuelve á esta patria querida,  
Que con sangre tu injuria vengó.

Si ven ruinas al paso tus ojos,  
Bienes son que nos trajo el frances;  
Mas también son sus viles despojos  
Esos huesos que pisan tus piés.

Cuando al márgen del Ebro llegares,  
Ten presente, al mirar su raudal,  
Que no daba el tributo á los mares  
Sino en sangre enemiga ó leal.

Zaragoza te dice humeando  
Que se supo abrasar, no rendir,  
Y áun de noche «venganza, Fernando»,  
Sordos ecos se escuchan gemir.

Mas del pueblo, á quien dió la fortuna  
En su seno mirarte al nacer,  
Que de flores cubrió tu real cuna,  
Y entre abrojos te ha visto crecer;

De Madrid tal será la alegría,  
Cuanto fué de perderte el dolor;  
Mayo solo te acuerda en un día  
De Madrid la fineza en tu amor.

Al entrar por su puerta dichosa,  
Entre vivas y alegre efusion,  
¡Cuánta vista en el Prado azarosa  
Turbará tu leal corazón!

Aquí fué por Fernando el delirio;  
Por Fernando allí el pueblo lidió;  
Y allá fué de la gente el martirio,  
Que muriendo á Fernando invocó.

Mas tu nombre triunfante sonando,  
Ya destierra la antigua afliccion,  
Y á los timbres del quinto Fernando  
Va de nuevo á elevar la nacion.

Al soldado, que sólo en tu nombre  
Fué terror de la pérfida grey,  
Nada habrá que en el orbe le asombre  
Cuando lleve por jefe á su rey.

Reina; premia, y perdona en la tierra  
De quien eres el iris gentil;  
Ven á dar nuevo aliento á la guerra,  
Y á enfrenar la discordia civil.

Tú sabrás reprimir la anarquía,  
Pues en Francia admiraste su error;  
Tú odiarás la feroz tiranía,  
Pues sufriste á un tirano opresor.

Rompa, ya que tu esfuerzo ha probado,  
La desgracia su adverso crisol,  
Y tu vista á su brillo eclipsado  
Restituya el imperio español.

Y á los rayos de gloria, que en tanto  
Se difundan del regio dosel,  
Que se enjuguen la sangre y el llanto  
Que han regado tu hermoso laurel.

## VI.

EN EL DIA DE LA RESTAURACION EN 1823,  
PINTANDO LOS MALES DE LA ANARQUÍA.

## CORO.

*Triunfe España con cívica pompa;  
Palmas, rosas y olivas juntad;  
Pues da el cielo una mano que rompa  
Las cadenas de la libertad.*

## ESTROFAS.

Libertad se llamaba la arpia  
Que el averno lanzó contra España,

Cual ministros de horrenda opresion;  
Sino ardientes en noble osadía,  
Y ostentando en su aspecto gallardo  
El honrado valor de Bayardo  
Y la gloria inmortal de Borbon.

A su frente el penacho flotante  
Se descubre en el nieto preclaro  
Del Enrique á la Francia tan caro,  
Que triunfó con justicia y piedad;  
No siguiendo á su rastro brillante  
El furor ni la ciega venganza,  
Sino paz y serena esperanza  
De segura y feliz libertad.

Aceptemos su fausta promesa,  
Que es la patria salvar del abismo;  
No más tiempo, de un vil fanatismo  
Nos deslumbre la antorcha fatal.  
Que seguir en su bárbara empresa  
Arrostrando una ruina evidente,  
Es probar que apagó en nuestra mente  
La razon su precioso fanal.

Y áun del Bétis, si al bruto arrogante  
Desbocado en perdida carrera  
Se le ve trasponer la ladera  
Y á las cumbres furioso asaltar;  
Si de pronto á su pié ve delante  
Precipicio ó ríscosa fragura,  
Se recoge, se pára y procura  
Generoso su vida salvar;

Así huyamos del borde horroroso;  
Baste ya de terror y de agravio:  
No sea más criminal en el labio  
El antiguo decir: «Viva el Rey.»  
Recordad que ese grito glorioso  
Fué el que sólo en la noble campaña  
La victoria aclamó, cuando España  
A dos mundos dictaba la ley.

Españoles, librad á la historia  
De escribir tantos odios críeles;  
Deponed los funestos laureles,  
La pacífica oliva ceñid.  
Y aspirando con prueba notoria  
A borrar nuestros yerros fatales,  
Entre filas de brazos leales  
Vuelva el Rey de Sevilla á Madrid.

## VII.

HIMNOS CANTADOS EN LOS TEATROS,  
CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DE S. M. LA REINA  
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON (1829) (1).

## HIMNO 1.º

## CORO.

*De Himeneo la antorcha relumbro,  
Suenen dulces los himnos de amor;  
Y en el solio aclamada se encumbra  
De Cristina la gracia y candor.*

## ESTROFAS.

Saludemos al astro risueño  
Que amanece á la hispana region;  
Que es encanto y placer de su dueño,  
Como al pueblo presagio de union.  
Ella alienta los tristes desmayos,  
Ella en gozo convierte el pesar,  
Y hace alegre con plácidos rayos  
De esperanza las flores brotar.

## CORO.

*De Himeneo etc.*

(1) Con música del maestro Carnicero.

Señalando por cebo á su saña  
Sus blasones y antiguo laurel;  
Mas su nombre era sólo anarquía;  
Su semblante y su voz de sirena,  
Que con hechos y entrañas de hiena  
Nos reduce á coyunda críel.

Ved cuál sigue á su sombra ominosa  
De mil vicios la turba funesta,  
Entre todos su impávida cresta  
Levantando la fiera ambicion.

La venganza entre ruinas gozosa,  
La calumnia cizaña sembrando,  
Y la envidia las glorias manchando  
Que en cien lustros ganó la nacion.

A su impulso, ¡qué es ya de la Iberia!  
No hay en ella rincon que no lllore,  
O que sangre infeliz no colore,  
Derramada con fria maldad.  
Vasto campo de duelo y miseria  
Hoy se ostenta su rica comarca,  
En que iguales pastor y monarca  
A los ciegos imploran piedad.

Proclamóse en discordia y tumultos  
Igualdad, repartiendo puñales;  
Mas á todos en breve hace iguales  
El sepulcro que se abre á sus piés:  
Si al cadalso camina entre insultos  
La inocencia sin prueba ni juicio,  
Por vengarla en el mismo suplicio  
Sus verdugos perecen despues.

No hay sagrado, no hay sitio seguro;  
Ni el hogar al vecino le ampara,  
Ni el prelado halla asilo en el ara,  
Ni áun al preso es escudo la ley.  
Pues vagando asesino y perjuro  
De palacios y templos entorno,  
Con palabras de escarnio y soborno  
Amenaza de muerte á su rey.

De Murat, ¡oh decreto homicidal!  
¡Oh sangrienta jornada de Mayo!  
¡Cuántas veces tu bárbaro ensayo  
Repetido por ellos se ve!  
¡Ay! si entonces fué sangre vertida,  
Lo fué al ménos por brazo enemigo.....  
Mas ahora es hermano, es amigo  
Quien la vierte sin honra y sin fe.

¡Y esta afrenta en un pueblo que bravo,  
A su rey por librar de cadena,  
Retar supo al tirano del Sena  
Con valor que á la Europa asombró!  
¡Y hoy llevarlo hácia el mar como esclavo,  
Despojado de régia grandezal.....  
De caribes es digna proeza;  
Que de pechos ibéricos, no.

No, españoles, no es vuestra la afrenta;  
Es de pocos que el vicio domina,  
O que el falso saber alucina  
Y en tinieblas presumen lucir.  
La civil libertad no se ostenta  
Sino en medio de paz y justicia;  
La equidad es su sola delicia,  
Sin virtudes no puede vivir.

Ella sí, no la infame licencia,  
Libra al justo y aterra al malvado;  
Ella sola por siempre ha gozado  
Ara digna en el pecho español.  
Huyan, pues, á su hermosa presencia  
De Fernando los guardas alevés,  
Cual se ven derrumbarse las nieves  
Derretidas al rayo del sol.

Saludemos al astro que guía  
A Castilla los hijos de Francia;  
No sañudos con fiera arrogancia,

De sus padres angustios seguida,  
Aparece Cristina gentil;  
Del deseo en las alas traída,  
Como flora en las auras de Abril.  
Y de la áurea carroza bajando  
Entre encantos que atónita ve,  
A su lado se encuentra Fernando,  
Y la España postrada á su pié.

CORO.

*De Himeneo etc.*

Si el Vesubio en sombríos fulgores  
De Cristina la ausencia lloró,  
Manzanares, vestido de flores,  
Su presencia festiva aclamó.  
¡Oh, cuál corren pastores y ninfas  
A la orilla por ver y gozar  
En el claro cristal de sus linfas  
Retratada su imagen sin par!

CORO.

*De Himeneo etc.*

Brilla hermosa en su rostro su alma,  
En sus ojos su ingenio feliz,  
Y su talle descuelga cual palma,  
De la selva en el verde matiz.  
A su fama venció en gentileza,  
Ni el retrato le pudo ser fiel;  
Que se pinta tal vez la belleza,  
Mas la gracia se esquivo al pincel.

CORO.

*De Himeneo etc.*

Regios padres de joya tan bella,  
Por quien goza la Iberia tambien,  
Pues Fernando feliz se une á ella,  
Recibid nuestro fiel parabien.  
Lleve el ¡Vivan los dulces esposos!  
Nuestra voz al celeste zafir,  
¡Y ojalá que sus hijos preciosos  
Igual viva nos puedan oír!

CORO.

*De Himeneo la antorcha relumbro, etc.*

VIII.

HIMNO 2.º

CORO.

*Guirnalda de rosas,  
Coronas de amor,  
Premiad de Cristina  
La gracia y candor.*

VOZ SOLA.

Ornad, flores bellas,  
Sus sienas hermosas,  
Que hoy ganan gloriosas  
De Iberia el laurel.  
Sed puras como ella,  
No armadas de espina:  
Seréis de Cristina  
La imagen más fiel.

CORO.

*Guirnalda de flores, etc.*

De gracias y encantos  
Su vista nos llena;  
Honrada la escena  
Con ella se ve.  
Melpómene llantos  
Y horrores desvia,  
Y alegre Talía  
Se rinde á su pié.

CORO.

*Guirnalda de flores, etc.*

Mas ella, que al justo  
Dar premio consigne,  
Y al vicio persigue  
Con fiera acritud,

Hoy mira con gusto,  
Cristina, en tu cielo  
Su hermoso modelo  
De gracia y virtud.

CORO.

*Guirnalda de flores, etc.*

Y vos, Reyes claros,  
Que haceis tal presente,  
Pues fuisteis oriente  
De tan bello sol,  
No es dado el pagaros  
Los dignos tributos  
Con ojos enjutos,  
A pecho español.

CORO.

*Guirnalda de flores, etc.*

¡Francisco! ¡Isabela!  
¡Fernando! ¡Cristina!  
Sus nombres combina  
Con gusto el amor:  
Mas ¡ay! que la esposa,  
En día tan fausto,  
De nuestro holocausto  
Se lleva la flor.

CORO.

*Guirnalda de flores, etc.*

## CANTOS LÍRICOS.

I.

## EL TEMPLO DE VÉNUS.

Cual solitario cisne, que mirando  
Próximo de morir el trance fuerte,  
Con canto triste, armonioso y blando  
Se pone él mismo á celebrar su muerte;  
De esta manera yo, Dilerio, cuando  
Cercano á padecer la misma suerte,  
El fatal golpe de la parca espero,  
Cantar mi muerte como el cisne quiero.  
Si la amigable musa no desmaya,  
Y si su influjo al espirar recibo,  
Mi pena haré que á tus oídos vaya  
Envuelta en los renglones que te escribo;  
Pero Clío, al mirar la ardiente playa  
En que desamparado ¡ay triste! vivo,  
No osa dejar, por más que yo la brindo,  
La deliciosa habitación del Pindo.

Hasta las mismas Musas me han dejado;  
Que yo no sé si, viéndome perdido,  
El amor ó el temor las ha alistado  
De mi enemiga hermosa en el partido:  
En el horrible y turbulento estado  
A que la ingratitud me ha reducido,  
Tan solamente á tu amistad apelo  
Por único remedio y por consuelo.

A ti tan solamente, ilustre amigo,  
Inestimable y firme compañero,  
A ti te haré de mi dolor testigo,  
Pues lo eres del amor más verdadero.  
Lee esta triste carta en que me obligo  
A pintarte el estado lastimero  
De una alma que fluctúa entre pasiones,  
Si no borra mi llanto los renglones.

La negra atrocidad, el inhumano  
Rencor de aquel destino más impío,  
No produjo jamás en pecho humano  
Un dolor comparable al dolor mío:  
En vano el corazón emplea, en vano,  
Para oponerse al mal, su esfuerzo y brío;  
Porque como corriente impetuosa,  
Todo lo arrasa mi pasión furiosa.

Mi débil corazón, atribulado  
De sus males por la hórrida procela (1),

(1) De procella, palabra latina; borrasca. (Nota del Colector.)

Es cual barco en el golfo alborotado,  
Sin palos, sin timón, jarcia ni vela;  
De las hinchadas ondas volteado,  
Veloz tan pronto hasta las nubes vuela,  
Veloz tan pronto en el instante mismo  
Se encuentra sumergido en el abismo.

Cuántas pasiones puso en el humano  
La cólera temible de los cielos,  
Tantas conspiran con furor insano  
A conturbar mi pecho entre desvelos;  
Esperanza, tristeza, amor tirano,  
Odio, temor, resentimiento y celos;  
Todas unidas en mi daño se hallan  
Y contrapuestas entre sí batallan.

Y el eterno tesón de la congoja,  
Que en descontento vuelve mi alegría,  
De toda la esperanza me despoja  
De mejorar de suerte en algún día:  
Ni un instante el dolor la cuerda afloja  
En el silencio de la noche umbria,  
Ni cuando en la mitad de su carrera  
Se para el sol á iluminar la esfera.

¡Ay, cómo los placeres más completos  
Ya se han mudado en fuentes de disgusto,  
Y cuantos los vivientes son objetos  
Propios para excitar horror y susto!  
De árboles secos, feos esqueletos,  
De áridos montes el aspecto adusto,  
Y en vez de flores, ásperos abrojos,  
Que crecen con el llanto de mis ojos.

Si antes la sociedad me disgustaba,  
Hallaba mi descanso en el retiro;  
Pero el placer que el bosque antes me daba,  
Con aversión y tedio hora le miro.  
El viento que las hojas meneaba,  
Del arroyuelo el tortuoso giro,  
Ni del preciado ruiseñor el canto  
No tienen para mí ningún encanto.

El sueño, que las penas tanto engaña  
Y á todos los vivientes hace iguales,  
Pues el pastor que duerme en su cabaña  
No echa de ménos las alcobas reales,  
Si mis sentidos un instante baña,  
La idea me presenta de mis males  
En formas tan horribles y espantosas,  
Que más que la evidencia son penosas.

Me acuerdo que una noche en que el exceso  
De una cavilación tan incesante,  
O de las mismas lágrimas el peso  
Me hizo cerrar los ojos un instante,  
El breve y melancólico embeleso  
Un sueño me inspiró tan semejante  
A la causa fatal de mis congojas,  
Cual te diré mi voz, si no te enojas.

En el florido campo de Citeres  
Transportado de pronto me contemplo,  
Morada de los lúbricos placeres  
Do Vénus tiene su soberbio templo.  
Gran tropa de varones y mujeres  
Iban á entrar en él; y yo, á su ejemplo,  
De una secreta fuerza arrebatado,  
Puse los piés en el umbral sagrado.

Entré; pero paróme la hermosura  
De la fábrica inmensa que veía;  
Obra de amor, que unió para su hechura  
Las Musas y las Gracias á porfia:  
De aquel mármol, que al alba en su blancura,  
Y en duración al tiempo excedería,  
Las columnas, los arcos eran hechos  
Que sustentaban los excelsos techos.

Abren sonantes y anchurosas puertas  
Del templo el paso á la votiva gente,  
Rodando en quicios de metal, cubiertas  
De láminas de plata refulgente:  
En ellas para siempre dejó abiertas  
El buril de Vulcano diestramente  
Altas memorias de hurtos amorosos,  
Que son de amor los triunfos más gloriosos.

Vieras allí por el pastor altivo  
En vivas llamas abrasarse Troya;  
Llamas que lanza Atridas vengativo  
Al robador de su amorosa joya;

Mirase allí pintada tan al vivo  
Del caballo la bélica tranzoja,  
Que parece se ve correr la gente,  
Y se oye hablar á Ulises elocuente.

Vieras á Dido allí, llena de enojos,  
Del Troyano llorando el fingimiento,  
Puestos los tristes aunque hermosos ojos  
En las naves que ya se lleva el viento;  
Y con las armas, únicos despojos  
Del fugitivo amante, en un momento  
Caer traspasado en las ardientes teas,  
Con moribunda voz llamando á Enéas.

Vieras también á Júpiter tonante,  
Dejando á un lado el celestial decoro,  
Por una ninfa en la ribera errante  
Ir transformado en inocente toro;  
Y á la guardada en muros de diamante  
Gozarla convertido en lluvia de oro,  
Mostrando no hay honor tan defendido,  
Que amor no venza, al interés unido.

Creyeras ver que el alto Olimpo estriba  
Sobre la enorme cúpula dorada,  
No habiendo humana vista que perciba  
(Tal es su elevación) si está cerrada:  
Unas veces del sol la llama viva  
Como el cristal la deja iluminada;  
Otras, oscurecido el vasto seno,  
Se oye debajo retumbando el trueno.

De los sagrados muros en contorno  
No se descubren dóricas labores;  
Que del templo de amor el propio adorno  
Sólo guirnalda son de hermosas flores:  
Ellas, volviendo y revolviendo en torno  
De las altas columnas, mil olores  
Hacen subir desde la tierra al cielo,  
Que en amantes deliquios dan consuelo.

Por gozar del Abril las verdes galas,  
Concurren pajarillos á millares,  
Con el sordo susurro de sus alas  
Rondando al rededor de los altares:  
Amor, tú sus pasiones les señalas,  
Tú los reunes en amantes pares,  
Y malicioso te diviertes luego  
En verlos respirar tu infausto fuego.

Yo estaba embelesado contemplando  
Tan vasto, hermoso y mágico edificio,  
Cuando advertí que se iba levantando,  
Creciendo y resonando un gran bullicio.  
«Vénus, Vénus, favor ¡iban gritando!:  
Amor, divino amor, sednos propicio.»  
Y las mismas palabras que decían,  
Las bóvedas del templo repetían.

Entró un carro tirado de palomas;  
Un gran coro de ninfas le rodea:  
En él sentada, y difandiendo aromas,  
Iba en el traje Vénus Citeréa  
Que dió á su manó de las áureas pomas  
La más gloriosa en la montaña Ideá;  
Velo que de las Gracias la más pura  
Prendió oficiosa á su gentil cintura.

¡Oh! si me diera aquí naturaleza,  
En vez de pluma, su pincel valiente,  
Pintára la hermosura y gentileza  
De la madre de Amor omnipotente:  
La graciosa apostura de cabeza,  
Las negras cejas, la serena frente,  
Y la rica madeja del cabello  
Que se derrama por el albo cuello.

¡Quién pudiera pintar el atractivo  
De los brillantes ojos y serenos,  
Que con un mirar lánguido y lascivo  
Lanzan de amor mortíferos venenos!  
¡Cuántas veces á Jove vengativo,  
Pronto á aterrar al mundo con sus truenos,  
Estos ojos con sólo una mirada  
Le dejaron la diestra desarmada!

Pero entonces tan dulce los revuelve,  
Tan graciosa los para y los retira,  
Que en amor, en delicia, en fuego envuelve  
La tierra, el cielo y cuanto al paso mira:  
Aquí la paz á dos amantes vuelve,  
Allá piedad en una ingrata inspira,